

Europa, y fué el temor de su peligrosa vecindad el que reconcilió súbitamente la Holanda con España. El proyecto de Mazarino no podía tener éxito; pero eso no impidió que la Francia lograra su objeto, el abatimiento de la Casa de Austria, siendo ésta, aún más que el imperio, quien quedaba enflaquecida por la cesión de la Alsacia. Verdad es que conservó la corona imperial; pero era una dignidad sin verdadero poder, toda vez que el tratado de Westfalia puso la libertad de los príncipes tan á cubierto, que no quedaba al emperador más que un vano título. Decididamente la preponderancia pasó de la dinastía de Carlos V á la de Enrique IV.

III. — Richelieu.

La Francia debe aquel engrandecimiento á un hombre; Richelieu la encontró débil y agotada, y la dejó la primera nación del mundo. Agradecida, la Francia glorificó durante largo tiempo al gran ministro. En 1636 escribe Voitur: "Mientras que el cardenal ha estado al frente de los negocios, la Francia no ha tenido vecino alguno de quien no haya ganado plazas ó batallas. Todos los que tengan sangre francesa en sus venas y algun amor á la gloria de su país no podran leer estas cosas sin amar al cardenal," (1). ¿Qué habria dicho Voiture si hubiera escrito en 1648? Sin embargo, en el siglo XVIII se verificó una violenta reaccion contra la ambicion de conquistas: la Francia, arruinada por las guerras de Luis XIV, comprendió que los pueblos pagaban muy cara la gloria de las armas. Como de costumbre, la reaccion influyó en el juicio de los pasados acontecimientos; se culpó á Richelieu de aquella manía de conquistas, y del exceso de admiracion se pasó al exceso de vituperio. *Levassor*, el historiador de Luis XIII, aun cuando concienzudo en lo demás, trata á Richelieu de hábil perverso; le niega hasta el genio, para hacer de él un intrigante de baja estafa: "Toda su ambicion, dice, consistía en conservar el poder; y si perpetuó la guerra, fué para continuar siendo ministro, sabiendo que Luis XIII no podía prescindir de él mientras aquélla durase," (2). Un escritor de genio, *Montesquieu*, pronuncia un juicio de

cardenal que es como la marca de un hierro candente: "Los más malos ciudadanos de Francia fueron Richelieu y Louvois," (1). ¿Por qué admirarse de que los Alemanes abunden en ese mismo ultraje y desprecio? Falta poco á F. Schlegel para no ver en el ministro de Luis XIII una encarnacion de Satanás: "Fernando, dice, y Gustavo Adolfo combatieron por su fe; todos, hasta el mismo Wallenstein, tenían cuando ménos una supersticion, la astrología; Richelieu sólo carecía de fe á de ley: era un ateo político," (2).

No haremos á Richelieu la injuria de defenderle contra las acusaciones de los espíritus estrechos que rebajan la historia á su nivel. Se puede reprochar al cardenal un patriotismo estrecho; pero por eso mismo, no se le puede negar el amor á la patria, tal como lo entendían los antiguos. Tenía, indudablemente, su ambicion personal; pero esa ambicion se confundía con la grandeza de la Francia, cuya política pedía lo mismo que reclamaba el interés del cardenal. No dirémos, con un historiador contemporáneo, que el ministro frances fuese el defensor de la libertad alemana y el salvador de la libertad europea (3). Sería dar al hombre el mérito y la gloria que pertenecen á Dios. Verdad es que la intervencion de Richelieu en la guerra de los treinta años salvó la Reforma, y, por consecuencia, la libertad de la Alemania y de la Europa. Pero ¿pensaba Richelieu en el protestantismo cuando intervino en la guerra contra la Casa de Austria? Pensaba tan poco, que hasta negaba que la guerra fuese religiosa; á sus ojos era puramente política; lo que él buscaba era el abatimiento de la Casa de Austria; la libertad alemana entraba en sus miras pero solamente como medio.

Los enemigos de Richelieu le niegan hasta la gloria de haber librado la Europa del peligro de una monarquía universal, y dicen que la España en el siglo XVII se hallaba ya en decadencia, sin que fueran de temer los emperadores de Alemania cuya ambicion como hombres del pasado se limitaba á conservar lo antiguo (4). Verdad es que la España de Felipe IV, agotada en hombres y dinero, no podía pensar en la monarquía universal, y

(1) MONTESQUIEU, *Pensamientos*.

(2) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte* (lección XVII).

(3) J. VON MÜLLER, *der Fürstenbund*, c. 13.

(4) AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 162 y siguientes.

(1) PETITOT, *Coleccion de Memorias*, serie 2.^a, t. XI, p. 356.
(2) LEVASSOR, *Hist. de Luis XIII*, t. IV, p. 513, 558, 584.—Esa misma es la opinion del P. BOUGHANT, *Hist. del tratado de Westfalia*, t. I, p. 359.

tambien es verdad que la rama alemana de la Casa de Austria no tenía la ambicion que se le supone. Pero no se tiene en cuenta que el emperador de Alemania y el rey de España estaban á la cabeza de la reaccion católica, y que la ambicion universal de la Iglesia no se ha puesto nunca en duda. La Francia debía temer al príncipe que, en 1630, estaba á punto de ser el dueño absoluto de la Alemania, y que extendía ya su mano al Norte y á la Italia. Cierto es que aquellos temores eran generales, y que para Richelieu no fueron más que un pretexto, aun cuando eran su preocupacion constante; lo cual se ve en las exhortaciones que sin cesar dirigía á los príncipes alemanes, católicos y protestantes, para que se unieran contra el enemigo comun, el emperador; la union, les decía, es el único medio de asegurar vuestra libertad. No negaremos que el cardenal se cuidaba poco de la libertad germánica en sí misma; pero siempre resultará que, instando á los príncipes alemanes á que se unieran, se colocaba bajo el punto de vista de su libertad, y no es ménos cierto que, si la Alemania hubiera seguido su consejo, hubiera evitado la vergüenza de la desmembracion. Esto demuestra la buena fe de Richelieu; el cual deseaba el engrandecimiento de la Francia, y, sobre todo, el abatimiento de la Casa de Austria (a).

Quería Richelieu dar á Francia la dominacion de que despojó á la Casa de Austria. No imputemos al cardenal la responsabilidad de los hechos históricos que proceden más ó ménos de su política. Dió en efecto, el primer puesto á la Francia en la cristiandad, y concentró todas las fuerzas de la monarquía en manos de un príncipe, lo cual parece que era encaminarse á la monarquía universal y provocar forzosamente la política invasora de Luis XIV, cargo que no ha dejado de hacerse al cardenal (1). Pero es lo cierto que ni era un guerrero ni era inclinado á las conquistas. Por otra parte, tenía demasiado buen sentido para dejarse llevar por lo quimérica ilusion de la monarquía universal. En vano se invocan contra él la ocupacion de la Alsacia y el proyecto de reparticion de

(a) Toda la argumentacion para demostrar la buena fe del cardenal Richelieu nos parece sofística y pobre á más no poder. Laurent parece que tiene sobre las narices á la Casa de Austria; y en tratándose de atacarla y amenguar su poderio todos los medios y todos los agentes son santos y buenos, y el éxito divino, y el acontecimiento providencial.—(N. del T.)

(1) Este es el cargo que SISMONDI hace al cardenal (*Hist. de los Franceses*, t. XIV, p. 47, ed. de Brusélas).

los Países-Bajos. No hay duda que él tenía la ambicion de dar á Francia sus fronteras naturales; pero entre esa política y el sistema invasor de Luis XIV y de Napoleon media un abismo. La idea de las fronteras naturales se enlaza con el principio de nacionalidad, al cual sirve de garantía, siendo así que la idea de nacionalidad excluye la de dominacion universal. ¿Extendía Richelieu demasiado léjos los límites de la Francia? Á esta cuestion responderá el porvenir; las naciones son de Dios, y sólo Dios conoce los límites en que aquéllas deben encerrarse.

Hemos hecho justicia á Richelieu; ahora añadiremos que no pertenece al número de los grandes genios con los que se enorgullece la humanidad. Los hombres á quienes venera la posteridad son aquellos que guían al género humano hácia el término de sus destinos, llevando fija su mirada en el porvenir. Richelieu, como todos los políticos, era el hombre de lo presente. Sucede casi siempre á esos hombres que, cualquiera que sea su elevacion, sacrifican el porvenir á lo presente. Richelieu removió todos los obstáculos que encontró en su camino. Indisciplinada la aristocracia, se rebeló contra el poder real; Richelieu la arrolló, sin pensar que al destruir un obstáculo y una resistencia destruía al mismo tiempo un elemento de fuerza. Los hugonotes abusaron de la posicion que Enrique IV les había dado, hasta el punto de querer constituir un Estado dentro del Estado; Richelieu les quitó todas las garantías que el edicto de Nántes les otorgaba, sin pensar que la libertad religiosa que les dejaba quedaria á merced de un príncipe caprichoso. Richelieu no quería una monarquía conquistadora, y, sin embargo, la preparó. Su política, admirable bajo el punto de vista de lo presente; es imperiosa cuando se la examina con relacion al porvenir. Tal sucede con toda política que tiene por criterio lo útil. ¿Qué distancia entre Gustavo Adolfo y Richelieu! El héroe sueco despreció el engrandecimiento de su país y su dominacion en el Norte para consagrar su vida á una idea, la libertad religiosa: esa abnegacion á la causa de la humanidad constituirá su eterna gloria.

§ VI. — El catolicismo y el papado.

N.º 1.—La política y la religion.

La guerra de los treinta años fué la lucha suprema entre el catolicismo y la Reforma. Estim-

lada la Iglesia por la revolución religiosa del siglo XVI, se armó para la pelea; una formidable milicia se esparció por toda la cristiandad para combatir á los herejes bajo la enseña del Cristo; y los soldados de Jesús tienen la alta ambición de dar el imperio del mundo al catolicismo. ¿Cuál fué el resultado del gigantesco duelo que se llama guerra de los treinta años? El que la Iglesia, no solamente no logra descubrir el protestantismo, sino que pierde su influencia sobre el destino de los pueblos: la política se separa de la religión y se seculariza; es una revolución inmensa, puesto que implica la decadencia del cristianismo tradicional. En la Edad Media, la religión dominaba las relaciones sociales porque dominaba las armas. Las cruzadas fueron la manifestación brillante y gloriosa de ese imperio. Pero llegada á la cúspide de su poder, la Iglesia declinó; su influencia política comenzó á perderse desde que concluyeron las guerras santas, porque fué entonces cuando las antiguas creencias principiaron á flaquear. Roma continuó, sin embargo, desempeñando un gran papel; y aún en visperas de la Reforma, consintieron los reyes en aceptar de manos de un papa la donación del nuevo mundo.

La revolución del siglo XVI produjo efectos contradictorios en apariencia; despertó, por una parte, el sentimiento religioso y le dió nueva fuerza, y por otra parte, secularizó la sociedad: la Iglesia misma entró en el Estado, mientras que en la Edad Media, el Estado estaba dentro de la Iglesia. Y es que el protestantismo no era, como creían los reformadores, un regreso al cristianismo primitivo, sino un primer paso fuera del cristianismo histórico; ese primer paso fué ensanchándose; la sociedad se separó cada vez más de la religión tradicional, y se secularizaron los más grandes intereses. La Iglesia no podía abandonar su dominación sin luchar; de ahí las guerras religiosas que sucedieron á la Reforma. Poco importa que la religión fuera un fin ó fuera un instrumento para los príncipes; el hecho es que inspiró las guerras exteriores y civiles de los siglos XVI y XVII. Los esfuerzos hechos por la Iglesia no impidieron el movimiento iniciado por el protestantismo movimiento en que entró la misma sociedad católica; los intereses políticos se sobrepusieron al celo de los ortodoxos. Viéronse papas que apoyaban por bajo de cuerda á los protestantes contra el emperador,

campeón de la Iglesia y defensor nato de la santa sede. Viéronse reyes cristianos aliarse con los herejes y hasta con los infieles.

Tal era el estado de los ánimos cuando estalló la guerra de los treinta años. Un nuevo Felipe II, dotado de verdadera piedad y teniendo á su favor el prestigio de la autoridad imperial, se puso al frente de la reacción católica: Fernando II, vencedor en Praga, derrotó al rey de Dinamarca; y Gustavo Adolfo, que fué el primero que hizo retroceder las águilas imperiales, sucumbió en Lutzen. Después de su muerte, el protestantismo retrocedió; ya no tenía defensor; los príncipes que hubieran debido combatir por su causa hicieron las paces con el emperador, paz engañosa, peor que una derrota. ¿Quién va á tomar en su mano los intereses de la Reforma? Un príncipe de la Iglesia romana. En vano protesta Richelieu que la guerra era puramente política y que su único objeto era el abatimiento de la Casa de Austria; esas protestas no prueban nada contra la evidencia. La reacción católica fué la que provocó la terrible lucha y la que utilizó las victorias de Fernando para destruir la Reforma: el despojo de un elector protestante y el edicto de restitución eran actos religiosos tanto como políticos. ¿Cuáles fueron los enemigos de Fernando? Inútilmente procuró Richelieu sublevar contra el emperador, en nombre de la libertad alemana, los Estados católicos, los cuales permanecieron fieles á Fernando. El interés religioso dominó al interés político. ¿Cuáles fueron los enemigos que la Casa de Austria tuvo que combatir? Los protestantes de Alemania, las Provincias Unidas afiliadas á la Reforma, el rey de Dinamarca luterano, el rey de Inglaterra, jefe de la Iglesia anglicana, y, por último, al mayor de todos, á Gustavo Adolfo, el salvador del protestantismo. ¿Con quién se unió Richelieu para atacar á la Casa de Austria? Con los protestantes, y combatió á un emperador que era el campeón devoto de la Iglesia.

La política de Richelieu no era nueva; era la misma de Francisco I, de Enrique II y de Enrique IV; lo único que había en ella de extraordinario era ver á un príncipe de la Iglesia á la cabeza de una liga protestante contra un emperador cuyo fin declarado era la restauración del catolicismo. Se comprende bien el escándalo que las alianzas del cardenal debieron producir en el seno del mundo católico. Los devotos se sublevaron contra

el ministro impío que osaba hacer la guerra á la Iglesia, y llovieron folletos y hojas, en las cuales se trataba de desautorizar á Richelieu en la opinión de los ortodoxos (1), representando la guerra iniciada por el elector palatino como una guerra de la herejía contra la religión católica. Entre aquellos folletistas había un hombre considerable, un teólogo cuyos escritos agitaron al mundo católico por espacio de algunos siglos. Jansenio, partidario severo de la doctrina agustiniana, era el verdadero órgano del catolicismo tradicional, y atacó la política de Richelieu (2), no, como se ha dicho, en interés de la España, de la cual era súbdito, uno en interés de la fe, que á sus ojos estaba por cima de todas las consideraciones temporales. Oigamos la protesta de un creyente contra una política que no tomaba en cuenta para nada la religión:

“La Francia es la aliada de la Holanda contra la España, y toma partido por el elector palatino contra el emperador. ¿Cuál es el objeto de la lucha? Es preciso ignorar completamente la historia para negar que la rebelión de los Países-Bajos contra Felipe II tuvo su origen en la religión. La insurrección estalló porque el rey católico quería mantener las antiguas creencias en sus reinos; y si se perpetuó la lucha, es porque aquél rehusó constantemente otorgar la libertad religiosa á los reformados. La guerra actual es también la de la Iglesia contra la herejía. Otro tanto es la guerra de Alemania; tiene su origen en las turbulencias religiosas de la Bohemia, y no ha dejado de ser la guerra entre las dos confesiones que se reparten la cristiandad. ¿Qué hace, pues, el rey de Francia aliándose á los insurrectos de los Países-Bajos y á los rebeldes de Alemania? Arma á los enemigos de la verdadera religión para la destrucción de la fe que el Hijo de Dios ha traído al género humano. Sostengo que el rey cristianísimo arma á los herejes contra la Iglesia. En efecto, ¿quién ignora que sin su apoyo hace tiempo que los Países-Bajos hubieran sido sometidos, volviendo á entrar en el seno de la Iglesia? ¿Quién no sabe que los protestantes de Alemania no se sostienen más que por los subsidios que paga la Francia? Y si la herejía es un crimen, ¿qué se puede decir de un príncipe que toma partido á favor de los herejes rebeldes

contra la Iglesia y contra su legítimo soberano? ¿No es cómplice de la herejía? ¿No es cómplice de todos los excesos que se cometen diariamente contra las personas eclesiásticas y contra las cosas sagradas? Pues el rey de Francia es el que responderá de todos esos sacrilegios ante el tribunal de Dios, porque se cometen con su dinero, con sus soldados y con la autoridad de su nombre,, (1).

“En vano se dice, para justificar al rey cristianísimo, que da auxilios á un príncipe despojado por el emperador y de ninguna manera al hereje, y que toma partido por la libertad de los Países-Bajos y no por sus creencias; esas sutiles distinciones no son más que una superchería, porque la política y la religión están unidas tan íntimamente, que es imposible separarlas. El rey de Francia acaba de conquistar á Bois-le-Duc; ¿se dirá que la toma de una ciudad nada tiene de común con la religión? Pues que se consideren las consecuencias de la victoria. ¿Á quien perjudica ésta? No es solamente al rey de España, es ante todo á la Iglesia católica cuyos ministros han sido arrojados de la ciudad y sus templos cerrados ó entregados á los protestantes. Todo eso se hace en presencia de los Franceses; y después de tan bellas proezas se vendrá á decir que el rey de Francia no hace más que conquistar una ciudad, pero que no es responsable de los actos y desmanes de sus aliados! (2). ¿Se invoca la gloria y el engrandecimiento de la Francia! ¿Desde cuándo los intereses del mundo están sobrepuestos á los de la religión? ¿Somos acaso gentiles ó somos cristianos? Que entre aquellos la salud de la república fuese la ley suprema, no hay que admirarse de ello, porque nadie sabía del reino de los cielos; pero ¿qué pensar de cristianos que subordinan el cielo á la tierra y la salud eterna á la prosperidad temporal? Yo bien sé que esa es la política del siglo; pero ¿debe ser la de un príncipe que se llama rey cristianísimo? ¿Qué dirá el rey cristianísimo al Hijo de Dios en el tremendo día del juicio? Yo he procurado el engrandecimiento de mi casa á expensas de la fe, que es la condición de salud, y me he cuidado muy poco de que tu imperio se destruyera, con tal de que se aumentara mi reino. Y ¿qué dirá el Cristo al rey que ha hecho tal uso del poder que le había confiado?,, (3).

(1) *El Mercurio* de 1626, p. 501, cita los títulos de diez y ocho hojas y folletos latinos escritos contra la política de Richelieu.
(2) En el libro titulado *Mars Gallicus, seu justitia armorum et fœderum regis Gallie* (BAYLE, en la palabra *Jansenius*).

(1) *Mars Gallicus*, lib. II, c. 7-10, p. 239-250; lib. II, c. 12, página 206 y siguientes.

(2) *Mars Gallicus*, lib. II, c. 13, p. 275.

(3) *Mars Gallicus*, lib. II, c. 16-19, p. 196 y siguientes.

¿Cómo fueron recibidas esas protestas contra la política mundana del rey de Francia y de su omnipotente ministro por la Iglesia oficial, por los galicanos y por el papa? La Sorbona se apresuró a condenar a los adversarios del cardenal, y el clero de Francia confirmó esa censura. "Nunca es permitido, dicen los arzobispos y obispos reunidos en París, nunca es permitido alzarse contra el príncipe; la Sagrada Escritura nos manda obedecerle, aunque nos quite nuestra libertad, aun cuando nos tiranice y haga todo el mal que Dios predijo a los que le pidieron un rey... La rebelion es propia sólo de los herejes, los cuales, por el menor ataque a la religion, corren a las armas, saltan por cima de las leyes y resisten a la potestad ordenada por Dios... El príncipe es árbitro de la paz y la guerra, y a nadie debe cuenta de sus actos; porque ¿quién puede decir a un rey: por qué has hecho eso...? El príncipe es único juez de la alianzas que contrae. A todos los ataques dirigidos contra la política del rey bastaría contestar: el rey ha hecho la alianza porque ha querido; ha emprendido la guerra porque era justa y razonable, ó, por mejor dicho, la guerra es justa porque él la ha emprendido." (1).

Ya se ve que el despotismo de Richelieu tenía sus teóricos, y entre ellos los obispos de Francia. Á semejante doctrina no había más que una respuesta que dar, la revolucion del 89. Aquella doctrina prueba que no quedaba en el alto clero ni un átomo del espiritualismo evangélico. ¿Acasose trataba de la obediencia debida al príncipe? La cuestion era saber si la religion inspiraría aún la política, como la había hecho en la Edad Media, ó si los reyes no tomarían consejo más que de su propio engrandecimiento. Acabamos de oír la respuesta de la Iglesia de Francia: la religion abdica y se somete al poder real en los momentos mismos en que se ventila su existencia. Veamos lo que pasaba en Roma. Los más celosos apelaban al soberano pontífice contra el rey cristianísimo que, con desprecio de sus deberes, perseguía la ruina de la religion. "El deber del papa, le decían, es desenvainar la espada espiritual contra el rey de Francia, que le excomulgue, que desligue a sus súbditos del juramento de fidelidad, y para dar fuerza a su sentencia, que se sirva del brazo de los príncipes ca-

(1) D'ARGENTRÉ, *Collectio iudiciorum*, t. III, Suplemento, página 231-238.—*Mercurio frances*, t. XI, p. 1068 y siguientes.

tólicos." (1). Hé ahí, sin duda alguna, lo que el papa hubiera debido hacer; hé ahí lo que Inocencio III hubiera hecho si el rey de Francia hubiera tomado partido a favor de los albigenses. Pero los que excitaban al papa a emplear las censuras contra Luis XIII no veían que el papa era cómplice del rey cristianísimo; el interes político dominaba en Roma lo mismo que en París. El papa deseaba ciertamente la ruina del protestantismo, pero más que éste temía la dominacion de la Casa de Austria; y como la destruccion de los protestantes de Alemania hubiera dado al emperador la monarquía que tanto desconcertaba a la santa sede, ésta prefirió tomar partido, por lo ménos indirectamente, en favor de la Francia y de sus aliados protestantes antes que en favor del emperador, aun cuando éste fuese el campeón de la Iglesia.

Después de la batalla de Leipzig, el emperador mandó a Roma al cardenal Pasman para pedir auxilios al papa contra el rey de Suecia, a quien pintaba como un nuevo Atila. Urbano VIII hacía su mesa estaba siempre llena de poetas y de obras de arte militar; elegido por la influencia de Francia, esto sólo le hacía hostil a la Casa de Austria (2). Urbano trató, por de pronto, de ladear al importante embajador, haciéndole entender que un cardenal no debía ocuparse de asuntos políticos. Pasman respondió que todos los cristianos estaban obligados a defender la religion; y que si la dignidad cardenalicia era obstáculo para su mision, se desnudaría de la púrpura, y caso necesario iría a Roma en camisa para interpelar al papa por la inminente ruina del catolicismo en Alemania. Resuelto ya Urbano a recibirle, el cardenal le apremió para que otorgare auxilios pecuniarios al emperador, para que emplease sus buenos oficios y su autoridad con el rey de Francia, a fin de que abandonase la alianza con los herejes, y para que publicase una cruzada contra Gustavo Adolfo, que se disponía a invadir la Italia y saquear a Roma, a ejemplo de Alarico. El papa se excusó con su pobreza; prometió influir en la corte de Francia, y eludió responder a las demás proposiciones. Irritados por aquella repulsa, los partidarios del emperador se desataron contra el soberano pontífice: "Aplaudes, decían, las

(1) *Theologi ad Ludovicum XIII Admonitio*, p. 20.

(2) RANKE, *Fürsten und Völk von Süd-Europa*, t. III, páginas 529-528.

victorias de los Suecos; y poseído de la prudencia de los hijos del siglo, lee a Maquiavelo más que al Evangelio." Llegó hasta pedirse la convocacion de un concilio general "contra un papa fautor de herejes." Fernando envió un nuevo embajador a Roma, y el duque de Savelly representó a Urbano que la ruina de la Casa de Austria arrastraría infaliblemente consigo la opresion de los católicos; que jamás había ocurrido necesidad tan apremiante de emplear los tesoros de la Iglesia contra los enemigos de la religion. El papa respondió "que Gustavo Adolfo hacía la guerra al emperador y no a la religion católica; que la guerra era puramente política; que si el emperador se veía reducido a tan dura situacion, debía quejarse a sí mismo y a los Españoles; que se habían hecho gastar al papa cuatro millones para garantizar a los Estados pontificios del saqueo de los Alemanes en la guerra de Munster, y que los tesoros de la Iglesia estaban agotados." Desesperados los ministros del emperador, se concertaron con el cardenal Borgia, embajador de España, para protestar contra la indiferencia del papa en medio de un peligro tan grande de la religion, y en un consistorio, el cardenal principió un discurso acerca del peligro del catolicismo en Alemania y sobre la necesidad de proveer de remedio: "Sin embargo, exclamó, Vuestra Santidad dilata el aplicar los remedios convenientes." Á tales palabras, el papa se levantó e impuso silencio a Borgia; éste insistió y dijo que no se debía hacer callar a un cardenal que hablaba delante del sacro colegio en nombre de un rey católico y sobre asuntos concernientes al servicio de Dios y al bien de toda la cristiandad. Urbano, furioso, mandó al cardenal que callase y se marchara; que en el seno del consistorio el papa era el jefe, y que los cardenales no tenían derecho de hablar más que cuando él les concediese la palabra. Hubo entonces una escena de verdadero escándalo y de indecible confusion: Borgia continuó protestando; los partidarios del papa quisieron hacerle callar; los cardenales del partido español se pusieron de parte del embajador, y Urbano tuvo que consentir en aceptar la protesta por escrito; pero respondió que era ridículo atemorizar a los Romanos con una nueva irrupcion de Godos; que la historia ofrecía un ejemplo más reciente de la desolacion de Italia, del saqueo de Roma y de las indignidades cometidas contra el papa y contra los cardenales, el de un

rey de España; que Carlos V había unido la hipocresía al insulto, deplorando la ocupacion de la ciudad mientras que conservaba preso al sucesor de San Pedro; por consiguiente, que no heran los Godos los únicos enemigos de la Iglesia." (1).

Urbano se disculpaba mal diciendo que la guerra no era religiosa; en Roma se debía saber lo contrario; y su sucesor le dió un solemne mentís negándose a firmar los tratados de Westfalia. Si la guerra hubiese sido extraña a la religion, ¿se concibe que la santa sede hubiera protestado contra la paz en nombre de la religion? Verdad es que la guerra tenía tambien por objeto abatir el poder de la Casa de Austria, y que la dominacion española irritaba a los papas tanto como a los reyes de Francia, en razon a que, siendo más débiles, sufrían más el orgullo de los señores de Italia. Hé ahí por qué Urbano VIII no tomó partido por el emperador contra sus enemigos: el interes político dominó al interes religioso. Y si la política pontificia se inspiraba en consideraciones seculares, ¿podrá extrañarse que se haya secularizado la Iglesia?

N.º 2.—*Secularizacion de la Iglesia.*

En la Edad Media, la Iglesia era un poder político. Poseyendo una gran parte de tierras, participaba de la soberanía que daba la tierra en el régimen feudal. En Francia fué absorbido el feudalismo por el poder real, por efecto de lo cual, los obispos, así como los demás poseedores de feudos, perdieron su poderío. En Alemania, los vasallos se hicieron semi-soberanos, y los obispos se aprovecharon de aquella revolucion. La paz de Westfalia produjo un gran cambio en la condicion de la Iglesia alemana; comenzó la obra de la secularizacion que se ha terminado en el siglo XIX bajo la influencia de la revolucion francesa; já título de indemnizacion territorial se dieron a los Suecos y a los príncipes protestantes abadías y territorios pertenecientes a los obispos! Ya hemos llamado en otra parte la atencion de los lectores sobre la gravedad de ese acto (2): la Iglesia fué despojada, y lo fué en provecho del protestantismo. Los bienes eclesiásticos eran cosa tan sagrada, que los que se apoderaban de ellos eran castigados como sacri-

(1) Véanse las pruebas en LEVASSOR, *Hist. de Luis XIII*, tomo IV, p. 56-60.

(2) Véase la parte novena de mis *Estudios*.